

## HEGEL Y FREUD: UNA APROPIACION FILOSOFICA DE LOS COMPLEJOS DE EDIPO Y DE CASTRACION

El psicoanálisis presenta los complejos de Edipo y de castración como el origen de la subjetividad humana. Esta teoría es enfocada por algunos filósofos, p. ej. Merleau-Ponty, como un escándalo. En este escrito intentamos traducir la esencia de la visión psicoanalítica al lenguaje filosófico de Hegel. Esta traducción está mejor lograda respecto del complejo de Edipo que del complejo de castración.

Esta traducción se hace con el propósito de esclarecer recíprocamente el psicoanálisis y la filosofía. Por una parte, la filosofía se debate en el problema de la relación entre el cuerpo y el espíritu, mientras que el psicoanálisis se enfrenta permanentemente con el problema de la experiencia psicológica del cuerpo. Por lo tanto, el psicoanálisis puede ayudar a clarificar el problema del cuerpo y del espíritu, problema en que se debate la filosofía. Hegel casi esconde el problema total en su esquemático tratamiento del deseo.

Por otra parte, el psicoanálisis tiene a veces la tendencia a referirse al origen de la subjetividad en lenguaje biológico cuando explica el complejo de Edipo. Una traducción filosófica del significado de ese complejo nos hace darnos cuenta de que la subjetividad implica algo más que corporeidad. Esta otra dimensión puede exponerse muy bien en lenguaje filosófico.

### INTRODUCCION

La filosofía puede adoptar una actitud crítica o favorable hacia el psicoanálisis. La actitud crítica lleva casi de modo natural a poner en cuestión el status científico de los conceptos y teorías del psicoanálisis<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>Ver entre otros:

Herbert Feigl y Michael Scriven (edit.): *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, Vol. 1, *The Foundations of Science and the Concepts of Psychology and Psychoanalysis* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1956); Peter Madison, *Freud's Concept of Repression and Defense, Its Theoretical and Observational Language* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1961).

La actitud favorable obliga al filósofo a repensar las doctrinas clásicas sobre libertad, moralidad, religión y verdad<sup>2</sup>.

En las dos actitudes recién mencionadas la filosofía y el psicoanálisis son todavía doctrinas extrañas entre sí. Por fortuna existen ya unos pocos estudios que han tratado de unir las doctrinas filosóficas y las teorías psicoanalíticas con el solo propósito de clarificar unas mediante las otras.

La escuela psicoanalítica de Lacan en París ha tratado por más de veinte años de emplear las intuiciones (insights) filosóficas de Hegel y Heidegger, entre otros, para reformular las teorías de Freud<sup>3</sup>.

Por otro lado, unos pocos filósofos contemporáneos importantes han publicado estudios en que tratan de relacionar intuiciones psicoanalíticas con posiciones filosóficas fundamentales. Hyppolite ha señalado cómo la visión trágica del hombre que nos presenta el psicoanálisis está también realmente en el corazón de la filosofía hegeliana<sup>4</sup>.

Ricoeur ha demostrado que, aunque Freud emplea básicamente un tipo arqueológico de pensamiento y Hegel, básicamente un tipo teleológico, es no obstante cierto que la arqueología de Freud está concebida como una teleología y que Hegel ha asentado las líneas principales de su teleología en una visión arqueológica<sup>5</sup> y De Waelhens, finalmente, ha tratado de relacionar el concepto freudiano del inconsciente al concepto fenomenológico de lo pre-reflexivo<sup>6</sup>.

Nuestros estudios están muy próximos en espíritu a la obra de los tres autores recién mencionados. Reflexionaremos sobre elementos teóricos claves del psicoanálisis que parecen escandalosos al pensamiento filosófico si no

<sup>2</sup>Ver entre otros:

Winfred Huber, Herman Piron y Antoine Vergote, *La psychoanalyse, science de l'homme* (Bruselas: Dessart, 1964), especialmente las partes escritas por A. Vergote; Paul Ricoeur, *Freud and Philosophy: An Essay on Interpretation*, traducido por Denis Sauvage (New Haven and London: Yale University Press, 1970).

<sup>3</sup>Ver entre otros:

The French review: *La psychoanalyse* (París: P.U.F., 1956), 64 nr. 1, 3, 5.

<sup>4</sup>J. Hyppolite »Phénoménologie de Hegel et psychoanalyse« en *La Psychoanalyse*, n. 3. (1957), págs. 17-32. Una traducción de Albert Riches, revisada por Hyppolite con anotaciones ha sido publicada en Warren E. Steinkraus, *New Studies in Hegel's Philosophy* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1971), págs. 57-70.

<sup>5</sup>Paul Ricoeur, obra cit.

<sup>6</sup>A. De Waelhens, »Réflexions sur une problématique husserlienne de l'inconscient, Husserl et Hegel«, en *Edmund Husserl, 1859-1959. Récueil commémoratif* (La Haye: Nijhoff 1959), págs. 221-237.

parecen sencillamente ridículos; estos son los complejos de Edipo y de castración<sup>7</sup>.

En nuestros escritos trataremos de demostrar que estos dos complejos pueden recibir una reinterpretación filosófica con la ayuda de conceptos que están en el centro de la filosofía hegeliana. Así esperamos contribuir a la apropiación del psicoanálisis por la filosofía. Aunque no todos los elementos de la teoría psicoanalítica pueden traducirse en lenguaje filosófico. Concluiremos entonces formulando claramente lo que no puede apropiarse en una estructura hegeliana.

## I. UNA FORMULACIÓN NO FILOSÓFICA DEL COMPLEJO DE EDIPO Y DE CASTRACIÓN<sup>1</sup>

En su forma más elemental el complejo edípico del niño (varón) puede describirse así: tiene un intenso amor por su madre; esta relación amorosa es erótica. El niño pequeño, además, ve al padre como rival de su amor a la madre y, por lo tanto, odia al padre, si es que no desea su muerte. A través del mecanismo de proyección, el niño supone que la agresividad y el deseo de muerte hacia su padre, presentes en él, son en realidad parte de la relación emotiva de su padre hacia él. Pero el niño no teme tanto ser muerto por el padre, como ser castrado. A objeto de evitar la castración, el niño suprime y reprime sus tendencias eróticas hacia su madre y por ese medio incorpora la autoridad prohibitoria paternal en forma de super-ego<sup>2</sup>.

<sup>7</sup>Ver lo que Merleau-Ponty dice sobre su primera y no filosófica interpretación del psicoanálisis, en M. Merleau-Ponty. «Phenomenology and Psychoanalysis: Preface to Hesnard's: L'Oeuvre de Freud», págs. 81-87, en *The Essential Writings of Merleau Ponty*, editado por Alden L. Fisher (Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1969), p. 83.

<sup>1</sup>Los siguientes artículos, capítulos o libros de Freud son esenciales para una comprensión de la posición psicoanalítica clásica referente a los complejos de Edipo y de castración.

»Un Niño es Golpeado«, Standard Edition xvii, págs. 177-204; *Gesammelte Werke* xii, págs. 197-226.

»La Disolución del Complejo de Edipo«, S.E. xix, págs. 173-179; G. W. xiii, págs. 393-402.

»Algunas Consecuencias Psíquicas de la Distinción Anatómica entre los Sexos«, S. E., xix, págs. 243-258; G. W. xiv, págs. 17-30.

»Sexualidad Femenina«, S. E. xxi, págs. 223-243; G. W., págs. 515-538.

»Feminidad«, en *Nuevas Conferencias Introductorias al Psicoanálisis*, Capítulo xxxiii, S. E. xxii, págs. 112-135; G. W., xv, págs. 119-145.

»Análisis, Terminable e Interminable« S. E. xxiii, págs. 209-253; G. W., xvi, págs. 57-100.

»Un Esquema del Psicoanálisis« S. E. xxiii, págs. 141-208; G. W. xvi, págs. 63-140.

<sup>2</sup>El psicoanálisis ha empleado el desarrollo del cuerpo como caso paradigmático.

Para la niña la situación es algo diferente<sup>3</sup>. En vez de amar a su madre, la niña ama a su padre. El componente erótico de su amor es tan fuerte que con frecuencia la niña desea tener un niño de su padre. En su amor por el padre la niña ve a su madre como rival y por lo tanto la odia. La niña tiene una segunda razón para no querer a su madre, a saber: la castración. La niña piensa que su madre es responsable de que ella haya nacido sin pene. Para ambos, niña y niño, el complejo de Edipo se relaciona así con el problema de la castración, aunque este último toma una forma diferente para cada uno de los dos sexos.

El complejo de castración también puede describirse en forma rudimentaria. Después de un período inicial en el desarrollo del niño, en el cual la boca y el ano han sido las partes más significativas del cuerpo, el niño pasa por un período (de los dos a los seis años) en que psicológicamente la parte más importante del cuerpo es el pene.

El problema para el niño es que aunque posee pene, cree que puede perderlo. Para la niña el problema es que no posee pene, pero desea y espera tener uno. En consecuencia, el descubrimiento de la diferenciación sexual está centrado en torno al pene. La vagina no entra en el cuadro hasta ahora. Esto sucede durante la pubertad. Puesto que el problema de la castración no considera los genitales femeninos, Freud rehúsa denominar período genital al período de complejo de castración. Reserva este nombre para la crisis de la pubertad. Por lo tanto Freud tiene que crear una nueva palabra para el período que se relaciona principalmente con la presencia o ausencia del órgano masculino. Lo denomina fase fálica.

Cuando el órgano masculino es visto en un contexto que contiene un órgano femenino complementario, mantiene el nombre pene (pubertad). Cuando el órgano masculino es el único en que puede pensarse, es denominado falo (problema de la castración).

Las consecuencias psicológicas de la experiencia fálica consisten en que el niño se siente superior a la niña y teme perder su falo (angustia de castración). La niña, por otro lado, se siente inferior porque carece de falo. Por lo tanto, está celosa del niño. Estos celos, sostiene Freud, tienen sus raíces en la »envidia del pene«.

En esta forma rudimentaria, tanto el complejo de Edipo como el de castración, no son fácilmente aceptables ni digeribles<sup>4</sup>. Presentaremos ahora una estructura filosófica mediante la cual reinterpretaremos estos complejos.

<sup>3</sup>Freud cambió drásticamente su análisis del desarrollo de la niña. Damos aquí su versión posterior y más refinada.

<sup>4</sup>Merleau-Ponty, ob. cit.

## II. CONCEPTOS HEGELIANOS

El psicoanálisis es el estudio de la influencia de los otros en la formación del inconsciente y del carácter de una persona. Ambos son moldeados definitivamente en y mediante los complejos de Edipo y de castración. Si queremos construir una estructura filosófica útil para la apropiación del psicoanálisis, tendremos que preocuparnos de un filósofo que estudió al hombre en sus relaciones intersubjetivas.

Hegel hizo precisamente eso en una sección extensa e históricamente importante de la *Fenomenología del Espíritu*. La sección se llama «Autoconciencia».

En ella Hegel analiza en primer lugar las precondiciones de la autoconciencia<sup>1</sup>. En el resto de la sección, estudia las diferentes estrategias que las personas autoconscientes pueden escoger para tratarse entre ellas, y describe las consecuencias de cada estrategia<sup>2</sup>.

Hegel distingue tres precondiciones para el desarrollo de una autoconciencia plena<sup>3</sup>. La autoconciencia exige darse cuenta de las funciones desempeñadas por la conciencia, exige darse cuenta de que la conciencia es diferente pero al mismo tiempo dependiente de la vida, de las necesidades y del cuerpo, y, por último, la autoconciencia exige la confrontación con otra autoconciencia. Consideraremos cada una de estas tres exigencias y cómo se interrelacionan.

La autoconciencia exige en primer lugar que uno llegue a darse cuenta de lo que significa ser una conciencia en el mundo; es decir, que todas las distinciones del mundo no son distinciones del mundo sino del espíritu impuestas al mundo, y que todo significado y significación en el mundo es finalmente significado y significación impuesto al mundo por el espíritu<sup>4</sup>. Hegel dice otro tanto en sus abstractas palabras:

<sup>1</sup>G. W. F. Hegel, *The Phenomenology of Mind*, trad. por J. B. Baillie (Nueva York: Harper and Row, 1967) págs. 215-227.

<sup>2</sup>*Ibíd.*, págs. 228-267. Hegel analiza la actitud de los antiguos Reyes de Persia y los esclavos, del estoicismo, del escepticismo y de las tres mayores religiones occidentales.

<sup>3</sup>*Ibíd.*, p. 226.

<sup>4</sup>Hegel usa precisamente esta oposición entre distinción y significado, la que es impuesta al mundo por el espíritu, pero que primero es pensada por el espíritu como siendo del mundo, como el motor para obligar a la conciencia a un mayor desarrollo de su propio pensamiento. *Ibíd.*, págs. 147-213. La esencia de esta oposición se encuentra en la ilusión de la conciencia acerca de su propio funcionamiento. La trágica dimensión de esta auto-ilusión es bellamente comentada por J. Hyppolite, «Phénoménologie de Hegel et psychoanalyse», págs. 18-21.

*Pero, de hecho, la autoconciencia es la reflexión, que desde el ser del mundo sensible y percibido, es esencialmente el retorno desde el ser otro. Como autoconciencia es movimiento*<sup>6</sup>.

Así como la conciencia es dadora de significado, la autoconciencia es darse cuenta de esta función dadora de significado. La autoconciencia debe por lo tanto, darse cuenta de que tiene que cumplir un papel único y necesario, de que tiene una especie de función absoluta en el mundo que experimenta<sup>6</sup>. Así, la primera precondition para la autoconciencia nos conduce al sentimiento de unicidad inherente a la autoconciencia.

La segunda precondition de la autoconciencia es que la conciencia llegue a darse cuenta no sólo de su ser otro respecto de la no conciencia —el cuerpo, la vida, el mundo, las necesidades, etc.— sino también de su dependencia de ella. La conciencia no es nada sin un mundo al que imponga significados o distinciones, sin objetos que son deseables para el cumplimiento de nuestras necesidades. No obstante, sigue siendo verdadero que los objetos no tienen valor por sí mismos. Son las necesidades y deseos humanos los que dan valores a los objetos. La conciencia demuestra su poder de dar valor por su capacidad de destruir objetos con el propósito de satisfacer sus necesidades<sup>7</sup>. La conciencia es por lo tanto una lucha continua con la no conciencia, a través de la cual la conciencia establece su propia trascendencia. La autoconciencia es entonces el darse cuenta de que en y mediante el contacto con la no-conciencia, la conciencia emerge como conciencia<sup>8</sup>. La situación por la cual uno necesita algo más para sí mismo, pero lo necesita de tal manera que el objeto necesitado debe ser destruido es llamada *deseo* por Hegel<sup>9</sup>. La tipificación de la conciencia como deseo indica que la conciencia está en perpetuo peligro, porque nunca tiene la certeza de que lo que necesita para su propia existencia podrá obtenerse. La autoconciencia es, por lo tanto, darse cuenta del no estar nunca segura de que podrá obtenerse lo que es necesario para su existencia.

<sup>6</sup>Hegel, »Fenomenología del Espíritu«, p. 108. Traducción de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.

<sup>6</sup>Hegel, »The Phenomenology of Mind«, p. 230: Pues el otro es igualmente independiente, cerrado dentro de sí, y no hay nada en él que no esté allí mediante él mismo; p. 225: Sin embargo, al mismo tiempo la autoconciencia es también absolutamente para sí, existe por su propia cuenta.

<sup>7</sup>*Ibid.*, p. 225: Y así la autoconciencia sólo está cierta de sí misma mediante la superación de este otro que se presenta a la autoconciencia como vida independiente; la autoconciencia es *deseo*.

<sup>8</sup>*Ibid.*, p. 219: Cuando para la autoconciencia la distinción no tiene también la figura del *ser*, no es autoconciencia.

<sup>9</sup>*Ibid.*, págs. 220 y sig.

Hegel propone, por lo tanto, una tercera condición para la autoconciencia que la liberará de la angustia e incertidumbre inherentes a la segunda condición: la autoconciencia necesita otra autoconciencia<sup>10</sup> y encontrará alivio en esta relación<sup>11</sup>.

Dos conciencias en contacto entre sí pueden experimentar que el mundo de cada una es diferente y que las diferencias del mundo sólo pueden ser el resultado de la actividad de la conciencia. Por otro lado, los diferentes mundos son necesarios para demostrar la actividad de la conciencia. Como resultado, ambas conciencias pueden reconocerse mutuamente como los seres únicos que son, porque ambas son conciencias. Al mismo tiempo pueden aceptar su dependencia del mundo, aunque Hegel subraye que ésta es una nueva y difícil experiencia<sup>12</sup>. Sin embargo, cuando dos conciencias se encuentran, la gran dificultad es que cada una de las conciencias quiere establecer su unicidad, no sólo en relación con el mundo, sino también en relación con la demás gente. Ninguna conciencia puede aceptar a otra conciencia como superior suya sin lucha<sup>13</sup>. Hegel resume todos estos problemas bajo el concepto de lucha por el reconocimiento<sup>14</sup>.

En los complejos de Edipo y de castración el niño llega a la experiencia de que el reconocimiento automático de sí mismo y de sus necesidades es una ilusión y que el reconocimiento es algo por lo cual tiene que esforzarse. Elaboraremos con más detalles en la sección siguiente la relación entre el reconocimiento y los dos complejos psicoanalíticos.

### III. UNA INTERPRETACIÓN FILOSÓFICA

#### 1. *Las relaciones pre-edípicas*

El problema del complejo de Edipo no puede surgir sin una larga preparación. Este desarrollo pre-edípico es el que queremos esbozar primero.

Muchos autores han subrayado la función única de la madre en el desarrollo temprano del niño. En varios estudios importantes, Spitz ha demos-

<sup>10</sup> *Ibid.*, págs. 225-226.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 226: La autoconciencia alcanza su satisfacción sólo en otra autoconciencia.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 234: En esta experiencia la autoconciencia llega a darse cuenta de que la vida es tan esencial a ella como la autoconciencia pura.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 232: La relación de ambas autoconciencias se constituye de tal manera que se comprueban por sí mismas y entre sí mediante una lucha de vida o muerte.

<sup>14</sup> *Ibid.*, págs. 23 y sig.

trado que la ausencia materna cuando el niño se encuentra entre los tres meses y el año de edad, tiene efectos negativos<sup>1</sup>. Los niños se desarrollan más lentamente en su actividad motriz, se enferman e incluso se dejan morir. En uno de sus estudios Spitz nos entrega una correlación entre varias enfermedades infantiles clásicas y las actitudes psicológicas específicas de la madre hacia el niño<sup>2</sup>. Aulagnier y Mannoni han relacionado la psicosis infantil con una actitud o estado psicológico particular de la madre<sup>3</sup>.

Surge el problema de cuáles son las actitudes psicológicas de la madre necesarias para el desarrollo saludable del niño. Spitz nos proporciona una clave al indicar que lo que el niño necesita no se satisface con una nodriza. La madre debe tener un contacto más íntimo con el niño que la nodriza<sup>4</sup>. Aulagnier asigna a ese contacto más íntimo una proyección narcisista<sup>5</sup>. La madre proyecta en el niño cualidades y características antes de que puedan ser objetivamente observadas. Así se crea una relación casi simbiótica entre la madre y el niño<sup>6</sup>.

La angustia de los ocho meses, descrita por Spitz, ilustra una vez más la posición única de la madre<sup>7</sup>. El niño teme a los extraños, pero puede ser tranquilizado por la madre. La angustia de los ocho meses en el niño puede interpretarse como experiencia de la dimensión alienante del propio cuerpo del niño cuando es visto por los otros. La madre es la persona que sirve de instrumento para superar esta experiencia alienante del niño<sup>8</sup>.

Al año y medio el niño pasa por un período de negativismo: dice que no

<sup>1</sup>R. A. Spitz es un pionero y una autoridad internacional en interpretación psicoanalítica del desarrollo infantil. Ver entre otros: «Hospitalism» en *The Psychoanalytic Study of the Child*, I (Nueva York: International Universities Press); *La première année de la vie de l'enfant* (París: P.U.F., 1963); *No and Yes. On the Genesis of Human Communication* (Nueva York: International Universities Press, 1957); *The First Year of Life* (con W. Godfrey Cobliner) (Nueva York: International Universities Press, 1965).

<sup>2</sup>R. A. Spitz y W. G. Cobliner, *The First Year of Life*, p. 209.

<sup>3</sup>P. Aulagnier, «Remarques sur la structure psychotique. I. Ego spéculaire corps phantasme et objet partial» en *La Psychoanalyse*, n. 8 (París: P.U.F., 1964), págs. 47-68; M. Mannoni, *L'enfant arriéré et sa mère* (París: Editions du Seuil, 1964) entre otros, los Caps. iv, v, vi.

<sup>4</sup>R. A. Spitz, *No and Yes...*, págs. 9-11; *La première année...*, págs. 26-28.

<sup>5</sup>Aulagnier, ob. cit. págs. 49-54.

<sup>6</sup>R. A. Spitz y W. Godfrey Cobliner, ob. cit., p. 390. Índice de Temas: Relación madre-hijo: carácter simbiótico de.

<sup>7</sup>R. A. Spitz y W. Godfrey Cobliner, ob. cit., Capítulo VIII; R. A. Spitz, *La première année...*, Capítulo VI.

<sup>8</sup>Esta tesis está elaborada en un manuscrito no publicado todavía. Un resumen del pasaje referido del manuscrito apareció en W. Ver Eecke, «Vers une psychologie de la psychose», *Man and World*, 2, 2 (1969), págs. 296-301.



a casi todo, sin que este decir-no tenga alguna obvia racionalidad<sup>9</sup>. El »no« está dirigido principalmente hacia la madre. Puede interpretarse como intento del niño para establecer su independencia, su autonomía de la madre. Como consecuencia de esta autonomía establecida el niño puede empezar a diferenciar los roles de los padres. A fin de indicar que para el niño los padres no se diferenciaban tanto originalmente, los psicólogos crearon el concepto de »padres unidos«<sup>10</sup>.

El complejo de Edipo puede empezar en el momento en que para el niño los dos padres tienen un rol diferente.

## 2. *El complejo de Edipo*

Así, es pre-requisito para el complejo de Edipo que el niño distinga a ambos padres. El mismo complejo de Edipo obligará al niño a estructurar sus expectativas respecto de ambos padres.

En el comienzo del complejo de Edipo, aunque el niño distinga entre padre y madre, no es necesario suponer que el niño se aproxima al padre con demandas diferentes de aquellas con que se aproxima a la madre: el niño quiere ser reconocido como único, como lo más importante, y quiere que sus necesidades sean satisfechas automáticamente.

Decir que el niño se acerca al padre y a la madre con las mismas demandas no quiere decir que el niño no exprese estas demandas a la madre en forma diferente que al padre. Pero estas diferentes expresiones son análogas; expresan demandas similares. No obstante, aceptamos el hecho de que expresar las mismas necesidades en forma diferente a los dos padres indica una estructuración incipiente de las demandas más profundas del niño. Puede decirse, por lo tanto, que la esencia del complejo de Edipo se prepara en la fase pre-edípica<sup>11</sup>.

Los conceptos que necesitamos para tipificar la relación entre el niño y los padres, desde el punto de vista del niño, son filosóficos: necesidad de reconocimiento, deseo de satisfacción automática de las necesidades por los demás, sentimiento de unicidad.

<sup>9</sup>El decir-no se adquiere a los 18 meses. R. A. Spitz, *The First Year of Life*, p. 39. Los psicólogos alemanes llaman »Trotzalter« al período de negativismo y lo sitúan en los dos años y medio. Heinz Rempelin, *Die Seelische Entwicklung des Menschen in Kindes- und Jugendalter*. (Munich/Basilea: Reinhardt Verlag, 1965), págs. 144-145.

<sup>10</sup>Melanie Klein, *Contributions to Psycho-Analysis 1921-1945* (Nueva York: McGraw-Hill, 1964). Ver las referencias en pág. 410 bajo *padres*: figura unida (combinada) de.

<sup>11</sup>Psicoanalistas importantes como S. Freud, M. Klein y J. Lacan difieren en la interpretación de la función del Complejo de Edipo en cuanto se opone a la experiencia pre-edípica.

Estos conceptos están todos presentes en el estudio de Hegel sobre la autoconciencia. Como veíamos, Hegel demuestra allí que las dimensiones humanas arriba mencionadas no pueden ser satisfechas en principio, y que tan pronto como la gente se pone *realmente* en contacto con otra gente, comienza una lucha por el reconocimiento, que normalmente termina con la estructuración y dominación de estos deseos imposibles de satisfacer. Freud, por otra parte, ha demostrado que el complejo de Edipo es la ocasión en que el niño está obligado a estructurar sus deseos, y por lo tanto, está obligado a dejar que el principio de la realidad domine al principio del placer.

Al ser capaz de distinguir entre su padre y su madre, pero acercándose al padre con las mismas demandas con que se acerca a la madre, el niño está en las condiciones requeridas para una experiencia traumática. El niño ve que su padre y su madre tienen relaciones entre sí: ellos discuten juntos las cosas, conversan, se saludan entre sí. Que su padre y su madre tengan relaciones directas entre ellos significa para el niño que los padres no tienen como única función la satisfacción de las necesidades del niño ni el reconocimiento del niño como único. Con anterioridad el niño vivía en la ilusión de que tal era el caso.

Es la capacidad del niño para separar el rol y la figura paternas del rol y figura maternas la que lo hace darse cuenta de esa experiencia productora de angustia. Es, por lo tanto, comprensible que el niño busque medios para anular esa experiencia. Una primera técnica que el niño puede usar es la regresión: se refugia en una especie de relación simbiótica con su madre. Pero el niño no puede olvidar que no era sólo su padre quien tenía relaciones con su madre, sino que era también su madre quien tenía relaciones con su padre. Por lo tanto, esta primera técnica enseña al niño que era una ilusión completa de parte suya pensar que su madre tenía como única función satisfacer las necesidades del niño y reconocerlo como único.

El niño puede recurrir, entonces, a una segunda técnica que recupere para sí un paraíso que nunca tuvo, esto es, desear que su madre tuviera como única función satisfacer las necesidades del niño, y que su padre, que destruyó la ilusión de un paraíso, se ausente, se aleje.

En el mundo infantil no hay mucha diferencia entre estar siempre lejos y estar muerto. Por esta razón ya hemos incorporado un elemento de la teoría clásica del complejo de Edipo: el deseo de muerte hacia el padre.

La dificultad de esta solución es que el padre reaparece regularmente y que el niño advierte que el padre logra atraer la atención de la madre. Esta solución crea para el niño un problema difícil: desea que su padre esté lejos o que esté muerto y al mismo tiempo lo imita o se identifica con él a objeto de conseguir la completa atención de su madre. Tal actitud se denomina

ambivalencia en términos psicoanalíticos. Es el origen de la culpa. Es claro que el deseo de muerte y la identificación son procesos que pueden colmar parcialmente el sentimiento de pérdida adquirido al comienzo del complejo de Edipo, pero el resultado es la culpa y la recompensa no es la restauración del paraíso ilusorio. Como posible táctica posterior, el niño puede acusar a sus padres: »¡si por lo menos me cuidaran más!«. Es en este punto que tenemos que reflexionar sobre la significación psicológica y filosófica de la diferenciación sexual.

### 3. *El complejo de castración*

Hasta aquí hemos visto que el niño se desilusionó porque no era reconocido como el único objeto de afecto de los padres, principalmente de la madre, siendo el padre un competidor.

La introducción del problema de la diferenciación sexual demostrará al niño que no es único porque no es todo al mismo tiempo.

Los psicólogos infantiles han aprendido que los niños se dan cuenta muy tempranamente de los roles sociales. Los niños menores se dan cuenta, antes de los tres años, del hecho de que los otros niños miran desdeñosamente su grupo<sup>12</sup>. Lo mismo es cierto respecto a los roles sexuales. Los niños saben que se esperan cosas diferentes de un niño que de una niña (una niña no puede ser sucia, un niño no puede llorar)<sup>13</sup>.

Mientras el niño no descubra que los roles sociales que se esperan de los diferentes sexos tienen sus raíces en una diferenciación corporal, el niño puede considerar los roles impuestos como algo puramente arbitrario o accidental.

La situación es totalmente diferente, filosóficamente hablando, cuando el niño descubre que la diferenciación de roles sociales tienen su raíz en su propio cuerpo. Por este medio el niño aprende que no es todo al mismo tiempo: es niño o niña, pero nunca ambos. Esta experiencia obliga al niño a aceptar el problema de la finitud y limitación humanas.

Al mismo tiempo que el niño está obligado a aceptar su fundamental limitación o finitud y por lo tanto necesita más que nunca la tranquilidad del reconocimiento automático por parte de sus padres, él aprende también que el reconocimiento automático está excluido. En esto consiste la experiencia básica del complejo de Edipo. A este respecto, los complejos de cas-

<sup>12</sup>Gordon W. Allport, *The Nature of Prejudice* (Nueva York: Doubleday, 1958), págs. 287-289.

<sup>13</sup>*Ibid.*, p. 339.

tración y de Edipo se refuerzan entre sí, y obligan al niño a aceptar la experiencia de lo que realmente significa ser un ente humano autónomo.

#### 4. *Limitaciones de la apropiación filosófica*

Si consideramos retrospectivamente la apropiación filosófica de los complejos de Edipo y de castración, debemos admitir que la apropiación del primero es más exitosa que la del segundo. Enumeremos los elementos del complejo de castración que no hemos apropiado filosóficamente.

1. La esencia del complejo de castración para Freud no es la diferenciación sexual; por el contrario, tanto el niño como la niña piensan acerca de los genitales en términos del pene (falo).

La esencia del complejo de castración es que la niña piensa de sí misma que está privada del falo, es decir, que está castrada, y el niño cree que puede ser privado de su falo.

2. Una consecuencia secundaria del análisis del complejo de castración para Freud es que establece una relación temporal entre el complejo de Edipo y el de castración. Para el niño el complejo de Edipo viene en primer lugar. El miedo de la castración obliga al niño a abandonar las relaciones edípicas. Para la niña, la ira de ser castrada es la razón de entrar en el complejo de Edipo. Por lo tanto el complejo de castración precede al de Edipo. Freud piensa que esto produce niñas que no poseen un mecanismo bien definido que ponga fin al complejo de Edipo. A su vez esto tiene el resultado permanente de crear un super-ego menos exigente en las niñas que en los niños.

3. Para Freud, las diferentes experiencias que el niño y la niña tienen de sus cuerpos sexuales, son responsables de una diferencia psicológica básica entre los dos sexos. Freud formula esta diferencia en forma muy antifeminista: cree que las mujeres tienen un profundo sentimiento de envidia del pene, el cual tratan de compensar mediante la copulación o la gestación.

#### CONCLUSION

Creemos que la confrontación entre Hegel y Freud nos ha enseñado lo siguiente:

1. Los elementos principales del complejo de Edipo tal como lo describe Freud pueden ser traducidos al lenguaje filosófico proporcionado por Hegel, cuando se refiere al hombre como ser intersubjetivo. Los concep-

tos claves son: necesidad y deseo, reconocimiento, sentimiento de unicidad, finitud, el deseo de satisfacción automática de las propias necesidades por parte de los demás.

2. La filosofía hegeliana nos permite apropiarse sólo un elemento del complejo de castración, a saber, la diferenciación sexual que introduce el concepto de finitud. Nos ha sido imposible incorporar filosóficamente los elementos más esenciales del complejo de castración.
3. Cuando se tiene la ocasión de observar regularmente a niños entre dos y cinco años, y se intercambian experiencias con otra gente acerca de ellos, nos parece difícil impugnar la visión freudiana del complejo de castración. Al mismo tiempo, es bien sabido que la filosofía hegeliana, siendo una filosofía o una fenomenología del espíritu, carece de una reflexión filosófica sobre el cuerpo. No es sorprendente, por tanto, que no podamos apropiarnos filosóficamente el complejo de castración dentro de una estructura hegeliana.
4. Parece promisorio intentar apropiarse filosóficamente los elementos rebeldes del complejo de castración dentro de una fenomenología contemporánea del cuerpo, tal como la que aporta Merleau-Ponty, aunque este autor era reticente al principio en cuanto a incorporar intuiciones psicoanalíticas. Creemos, además, que la descripción casi fenomenológica de la experiencia corporal y su relación con otra gente, como la que aporta E. Erikson, constituye un punto de partida mejor que la interpretación un tanto física que Freud da del cuerpo. No obstante debe decirse que incluso Freud se refiere al narcisismo como principal factor psicológico del complejo de castración.

W. VER EECKE

Universidad de Georgetown

Derechos de autor: W. Ver Eecke

Traducción: Ale Gaibur V.

Universidad de Chile, Sede Norte.